

ALTERIDAD & LITERATURA, UNA CUESTIÓN DE SOLEDAD Y DE INDIVIDUOS

Carlos Skliar
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales –
FLACSO/Argentina

Resumen

Este texto pretende discutir la cuestión de la alteridad en cierta literatura contemporánea, a partir de algunos fragmentos de novelas (Coetzee, Ruiz Sosa, Roth), ensayos (Nietzsche, Agamben, Nancy) y aforismos y poemas (Lichtenberg, González), con el propósito de comprender en qué medida toda alteridad deja de ser un problema de identidad y se torna escenario de soledad e intimidad. Así, alteridad y literatura configuran una relación donde surge la noción de individuo en tanto ser anónimo que puede ser cualquier otro, como cualquier otro, en su generalidad y en su especificidad.

Palabras claves: alteridad; literatura; individuo.

Abstract

This text intends to discuss the issue of otherness in a certain contemporary culture, from a few fragments of novellas (Coetzee, Ruiz Sosa, Roth), essays (Nietzsche, Agamben, Nancy), aphorisms and poems (Lichtenberg, González), aiming at understanding to what extent every otherness stops being a problem of identity and becomes a scene of solitude and intimacy. Thus, otherness and literature constitute a relationship in which emerges the notion of individual as an anonymous living being who can be any other, as any other, in his/her generality and specificity.

Keywords: otherness; literatura; individual.

¿Qué son esos parpadeos contra los que la única defensa posible sería una vigilia tan constante como inhumana? ¿No serán tal vez las grietas e intersticios por los cuales otra voz, otras voces hablan a nuestras vidas? ¿Con qué derecho los cerramos nuestros oídos?

J. M. Coetzee

La cuestión del individuo entre la identidad, la alteridad y la literatura

Individuo, una de las palabras más inhóspitas que suele escucharse o pronunciarse, ese ser aparente, que parece ya identificado, amarrado al suelo, al que tantas páginas se le han dedicado casi sin rozarlo, casi sin mirarlo ni escucharlo; ése sujeto común, sin rostro, sin gestualidad concreta, está partido, o ha partido, o está oculto, o sólo es un cuerpo literal al que podemos percibir – oler, tocar, escuchar - a nuestra frente y sin demasiados esfuerzos.

Entre las teorías de la apariencia, las de la esencia y las que mezclan apariencia y esencia, el individuo es como un naufrago pero sin el recuerdo del navío afondado, ni el destino de una isla desierta –la meta feliz de la tragedia -, ni un océano alrededor – el destino de la seguridad incommovible.

Toda inteligibilidad se detiene ante la sorpresa de lo diferente, lo diverso, lo bizarro. Pero: ¿qué deberíamos dejarnos más perplejos: la ilusión de que habíamos comprendido algo o la extraña duración de lo inesperado? ¿Cuál es la forma más torpe que anuda a la razón: darnos por satisfechos porque hemos comprendido que un individuo puede emanciparse a lo lejos o no saber qué hacer con la incomodidad que despierta saber que ese conocido de rostro tan bueno se dedicaba a degollar gatos indefensos y arrojarlos por el incinerador del edificio?

No habrá que irse tan lejos, hasta la monstruosidad, para reconocer nuestras perturbaciones por la existencia y la presencia de otras vidas diferentes a las nuestras: también existe la ambigüedad, la propia incertidumbre de las ideas, la sequedad de los ríos, la clausura de los ventanales, el ocaso de las estrellas, el hermetismo que no permite ver la transparencia de lo opaco, o la palabra escrita y leída que nos quita la falsa serenidad en la que vivimos.

Algo es cierto: hay cosas que están en el mundo y otras que no lo están, por más que haya individuos que insistan en radicarlos cerca de nosotros. Por ejemplo, Dios no está, la soberanía, tampoco; la gratitud está a punto de marcharse, y hemos perdido, inclusive, la musicalidad de nuestros ancestros.

¿Qué queda en este mundo, además de las cenizas de un fuego que creímos elevarse por encima de todo e iluminar cada cosa y darle nombre y hacer aparecer, por la fuerza, una larga fila de unidades desanimadas, inanimadas?

Aquello que permanece es la desprotección, la intemperie; estar a expensas de los armamentos y de los días siempre ocupados, siempre llenos, sin un resquicio para decidir,

supongamos, el ritmo de una contra-marcha, o la desaparición del aire turbio, o el dar dos pasos hacia un costado.

De individuos centrados en sí mismos solo queda la apariencia de un sujeto pensante, razonable, pero incapaz de movimiento. La escisión ha tomado su lugar, y allí donde veíamos cierta capacidad de decisiones, sólo útiles para las máquinas o puros emblemas de la razón, ahora duele incluso el instante más feliz, el momento en que parece que se toca el borde de una respuesta con la punta de la lengua.

La escisión ya no es entre cuerpo y alma, espíritu y pensamiento, mente y sangre, sino a la altura del diafragma, en la respiración: como si lo extraño, lo lejano, lo ostensiblemente diferente ya no fuera lo ajeno ni estuviera radicado en nuestra sensibilidad o en nuestra *ideología*, sino en el medio de las entrañas. Es otra la opresión. Y es otra la manera de pretender liberarse.

El desgarrar, la *desgarrada desesperación del presente*: tal es la única propiedad verdadera del individuo, frente a la cual inventamos todas las artes, todas las violencias, todos los sueños y todas las pesadillas de la existencia.

No hay plenitud, decía Nietzsche; no hay reconciliación, dijo Unamuno. El desgarrar como experiencia poética, en palabras de Lacoue-Labarthe (2006: p. 30): “*aquello que abre brecha en la vida y la desgarrar, por momentos, poniéndonos fuera de nosotros mismos*”.

Sólo resta la precariedad. Una precariedad de una cierta belleza si aprendemos a mirarla con ternura. Una precariedad horrorosa si solo se la mira bajo la forma de un límite que destruye la pretendida totalidad de la existencia.

¿Qué somos, qué podríamos ser, sino la estricta y continua dualidad entre Don Quijote – esa vitalidad de la incertidumbre, la desesperación heroica -, y Sancho Panza –el razonable que siempre duda de su racionalidad-?

Nada, ninguna dualidad, ni siquiera la de la azarosa mezcla entre la vitalidad y la razón. Soledad y, a veces, similitud. Nada de razón, pero sí un poco de lenguaje; ningún heroísmo, a no ser la austera zozobra de la sensibilidad; sin vitalidad, a excepción de la propia desgarradura. Y las fisuras, que son como las arrugas diseminadas antes de tiempo.

Una ficción. Un deseo. Si el sujeto no es, no existe y eso no quiere decir que no esté vivo, que no se rebele, que no se canse, que no juegue. Pero ya no queremos que la vida quede atrapada en tener que discernir si somos locos o juiciosos, enfermos o sanos, criminales o buenas personas: nos gustaría ver el techo por horas sin mirar nada y sin ser vistos, leer una larga novela sin la obligación de entenderla, darlo todo por una conversación que no nos juzgue, amar sin ninguna voluntad de equivalencia.

Individuo y anonimato

El anonimato del individuo: lo encontramos en la soledad del personaje de Coetzee, Michael K., o más bien en el estremecimiento que causa el descubrimiento de una de sus apariencias menos pulcras, o menos favorecidas, o quizá innombrables: su vital intrascendencia.

Podríamos leerlo de este modo: un lecho de cartones sobre un suelo y un cielo desnudos; olores: a vino rancio, a cigarrillos aplastados, y un sudor de décadas. La náusea no alcanza a pronunciar el hedor de una tierra que mezcla hierbas muertas y el humo rancio de una pólvora deshecha entre las manos.

Durante meses Michael K. atraviesa Sudáfrica en la búsqueda de nada: tal vez silencio, quizá la impermanencia, esquinas o rincones donde echarse a no pensar, a no sentir, a no poseer, a no ser poseído. Sin embargo, todos y cada uno de los que se cruzan con él quieren saber, le preguntan, interrogan, escudriñan, juzgan. Nunca puede estar a salvo ni siquiera apartándose, huyendo, corriendo.

Sí, hay que correr para alejarse, para olvidarse, para escaparnos de nosotros mismos, para espantar con el movimiento acelerado de las piernas y los brazos todo lo ruinoso del mundo.

¿Quién no habrá querido tantas veces acabar con algo, con alguien, simplemente corriendo? Ni con las palabras, ni con la presencia, ni con la responsabilidad, ni con la vieja o nueva moral: apenas correr, irse corriendo, salir corriendo.

Michael, con su labio leporino y su debilidad mental, busca sólo un sitio donde echarse: no tiene nada para mostrar, nada para enseñar, nada que declarar. El toque de queda de la guerra siempre lo encuentra a medio camino entre el aire libre y el escondite, entre lo visible y lo oculto, entre el silencio y el requerimiento.

Le piden, le exigen que cuente su vida. Él no es más que un jardinero sin nadie en el mundo que sólo mira el piso y conversa con los bichos, como todos los jardineros. No tiene documentos, se vuelve un eterno prisionero de cárceles, hospicios, centros de reeducación.

El mundo es para él una inmensa institución de la que pretende evadirse. Esa es su meta, una meta discreta, austera, humilde: quieren que lo dejen en paz, quieren que no lo interrumpen, que no le pidan un origen, un lugar, un destino o porvenir. Pronto se dará cuenta que es imposible: nadie, ni las bestias más deformes, ni los niños más autistas, ni los sordos más ciegos, podrán alguna vez pedir la paz, un tiempo sinsentido, estar en ninguna parte para hacer nada.

Ese es el mundo nuevo, el mundo por el que otros batallan, ese mundo por el que otros matan y mueren, mueren y matan.

Michael K. se siente más parecido a un gusano o un topo, que también son parecidos a los jardineros, solo que viven en silencio. Él vive en medio del barullo de la miseria y la guerra, como un topo o un gusano, pero sobre un absurdo suelo de cemento.

El anónimo es, literalmente un ser sin nombre. El personaje de Coetzee se arrastrará entre las sombras para no ser visto, para que no le pregunten su nombre. Pues aunque lo diga, nadie creará en esa silueta carente de luces, todos sospecharán de su condición, todos darán por cierto su imposible existencia.

Su cuerpo se verá sometido a los vejámenes de la moral: traslados forzosos en tren, trabajos impagos, desplazamientos interminables, la migración como destino. Como si Michael K. fuese sólo una hoja otoñal a expensas de cualquier viento: débil en su altura, frágil en su vuelo, incapaz de tocar la tierra con sus propios pies.

Pero lo que más perturba en Michael K. es que se trata de la presencia incógnita de lo humano. No habrá metáfora o diagnóstico que pueda con ello: duro de entenderas, con un lenguaje de superficie, incapaz, gusano, imbécil. Todo lo que se dirá de él no es más que un recubrimiento penoso de la pregunta esencial: ¿es éste hombre un tonto que nada comprende o se trata, en realidad, del último representante de una especie humana ajena a las metralletas y las torturas, un ser cualquiera que insiste en una travesía fútil y despojada, un miembro único de una estirpe solitaria que, por ello mismo, resulta una amenaza al nuevo mundo, ese mundo del estruendo, el cañonazo, las metralletas y la estampida?

Indagado por los funcionarios, su historia escapa de toda comprensión gubernamental. Es un paria, un incómodo superviviente, y algo habrá que hacer con él.

Este es, también, un libro sobre la lucha descomunal entre la identidad, la soledad, la intimidad y la alteridad: algo habrá que hacer con Michael, como si fuera imposible no hacer nada, como si no fuera posible dejarlo en paz, desamarrarlo, pensarlo a partir de sí mismo, dejarlo suelto, ni aquí, ni allí, fuera de nuestro alcance, fuera de nuestra inteligencia, pero dentro de nuestra sensibilidad.

Internado en un campo de reeducación, el médico a cargo de los destinos de los desamparados o inútiles o desahuciados será quien revele toda la impotencia de la cuestión infinita: ¿qué es Michael K., quién es, cómo es, de qué están hechas sus emociones, sus vacíos, sus laberintos, sus pesadillas? ¿Por qué no nos da su testimonio de una buena vez para acabar con la duda? ¿Qué hay más allá de su apariencia de monigote, de payaso? ¿Por qué no se ha quedado en tu sitio, en medio de los matorrales?

Michael K. no responderá o responderá con su propia vida, una vida que nadie es capaz de mirar en su intensa complejidad y transparencia. Un hombre que se convierte, así, en el preanuncio de una época hoy completamente diseminada y considerada *normal*: almas impedidas de soledad, clasificadas de pies a cabeza, contaminadas de predicamentos vacíos y huecas doctrinas.

La incógnita despojada de señales, el susurro lejano, incomprensible, un cuerpo que no se huele ni se imagina, el viento que derrumba al aire y lo esparce por la bruma, la luna que no es redonda y ni siquiera blanca, el repliegue del mar a la hora de su sed, el tiempo desnudo, intocable, la torre derrumbada donde aún puede escucharse la conversación de los ancestros: ese mundo donde ya no alcanzan la mano, ni la voz, ni los pensamientos para siquiera escuchar la soledad de alguien distinto a uno mismo, alguien diferente de todos los demás.

Cuerpo, alteridad y literatura

El cuerpo está vivo y muerto al mismo tiempo: es recién nacido, tronco erguido, mirada en lejanía, curvatura y cadáver a la vez. Por ello su pronunciación entraña una batalla ardua y extrema por la supervivencia, una guerra del cuerpo en su conversación íntima con voz de piel, lo que es posible e imposible, el golpe, la caricia, la suavidad y las brasas bajo los pies, ritmos, vísceras, pulsaciones, tendones, humores.

Sólo el cuerpo sabe como eludir el engorro de la normalidad, ese recipiente insulso que propaga su ley hacia las extremidades de la apariencia, insistiendo en su singularidad ejemplar: el emblema –austero, reservado- de una belleza imperfecta.

Se trata, quizá, de la única palabra cuyo sonido remite a la voz que se exhala en su decir. Se padece el cuerpo, se ama excesivamente el propio cuerpo, se debate el mundo entre cuerpos lánguidos y cuerpos fétidos, se cultiva el cuerpo como una flor; se olvida uno el cuerpo en cualquier sitio, se enseña al cuerpo a callarse, a volverse dócil, a apaciguarse, se sobrelleva como se puede, se idolatra el cuerpo, se deshace el cuerpo, se fragmenta el cuerpo, se abandona el cuerpo, el cuerpo despidе al cuerpo, se cansa el cuerpo de ser cuerpo.

¿Qué hacer con el cuerpo?: dejarlo allí, donde está, o ir en otra dirección, o darse cuenta que no hay otra cosa que el cuerpo: mirar, soñar, olfatear, acariciar, pensar, amar, escribir, doler, tocar, huir, estar, soñar, leer, jugar, hablar, gesticular, imaginar, narrar: ¿hay algo, por acaso, que se haga fuera del cuerpo, sin el cuerpo, dejando a un lado el cuerpo, prescindiendo del cuerpo, ignorando el cuerpo?

La política, la rabia, la desazón, la tristeza, el olvido, la memoria, el amor, la poesía, el prejuicio, la desnudez, el llanto, nuestra soledad: nada hay, nada es, que no sea una percepción del cuerpo, quitar el cuerpo, poner el cuerpo, entremezclar los cuerpos, mostrar el cuerpo, sentir el cuerpo, jugarse el pellejo, meter la pata, andar con el pie torcido, levantarse con la pierna izquierda, no dar el brazo a torcer, el corazón que se sale por la boca, el alma hecha pedazos, el pecho inflamado, la cabeza erguida, los escalofríos, la cabeza en otra cosa, perder la cabeza, nunca dar la espalda, dar siempre la espalda.

El cuerpo perfecto no sólo es inexistente, sino que además resulta ofensivo, inmoral, impúdico, un híbrido entre las máquinas rectas y la sangre deshilvanada. Como lo ha escrito Jean-Luc Nancy (2007, p. 42): *“Diferentes, los cuerpos son todos algo deformes. Un cuerpo perfectamente formado es un cuerpo molesto, indiscreto en el mundo de los cuerpos, inaceptable. Es un diseño, no un cuerpo”*.

El cuerpo perfecto se mira a sí mismo y no tiene nada para decir a no ser: *mírenme*. Pero es mejor mirar hacia los cuerpos desencajados, a los que no se sostienen en pie, los que parecen incómodos, desatinados, desaliñados. Mirarlos con buenos ojos, con mirada limpia -como quería Ángel González en su poema *Muerte en el olvido*- o, como decía Nietzsche, con una mirada sin manchas, ni virtuosa ni perezosa, que no juzga sino que acompaña, habilita, da paso, sin conmiseración ni simulada agonía.

Habría que apreciar una belleza distinta, diferente de los atributos simétricos, geométricos, y no eludir la conversación con aquellos que más tarde se conocerán con esos nombres que solo los adultos son capaces de inventar para, enseguida, olvidar: los jorobados, los paralíticos, los quemados, los mutilados, los leprosos, los ciegos, los tullidos, los cojos, los tuberculosos, los dementes, los autistas, los deficientes, los incapaces.

Soledad, literatura y alteridad

Si la soledad fuese acaso una enfermedad habría que diferenciar con toda claridad posible una anomalía que quizá provenga de la *insana lectura*, de aquella otra que es construida como deformidad y monstruosidad.

La lectura es una enfermedad sin época o fuera de época o más allá de las épocas, una enfermedad que hace arder las fronteras de lo contemporáneo y cuyas cenizas no se reúnen sino en un pozo o una rendija sin voz ni aliento.

Pues la lectura –lo contemporáneo- es lo intempestivo, lo que parece no ser actual y que, por esa razón, desborda el tiempo, es-está sin tiempo y, a la vez, sin ninguna poder huir de él, sin poder escaparse de sus amarras, de sus latidos, de sus quejidos. Así lo escribe Agamben (2008, p. 7): “*Contemporáneo es aquel que mantiene la mirada fija en su tiempo, para percibir no sus luces, sino sus sombras*”.

Pues andamos en tinieblas, percibiendo la oscuridad del presente, buscando lecturas que nos dejen desnudos por el mundo y que desnuden al mundo, sin importar si acordamos o no con lo leído, para que se extienda la delgada estrechez del universo y la de nuestros días. Amamos la larga y honda soledad del leer y nada nos cuesta sostener libros mayúsculos de más de quinientas páginas.

Si leer es la puesta en escena de una soledad a veces arropada y otras veces exiliada hacia lo remotamente desconocido, releer es la tensión de una doble soledad, indispuesta y confusa, alejada de sí y reencontrada, acaso, sin el nombre previsto.

Las páginas parecen hacer surgir palabras que no habíamos visto y desterrar otras muy leídas; avanzar en los lugares donde ya comprendemos, permanecer, estáticos, perplejos, en lo extensión árida de lo inexplicable, y morder y saborear lo imprevisible.

¿Qué pasa con nosotros cuando leemos?

Nos desorientamos, no hay rumbo, el mundo es una deriva, toda la historia es una alteridad sin fin, los cuerpos son enigmas y el tiempo es un laberinto. A veces nos defendemos: ponemos a prueba lo que leemos con lo que creemos que somos, buscamos la semejanza, la suavidad rugosa y torpe de la identidad. Pero a poco que intentamos la preeminencia nuestra por sobre el mundo, toda lectura se vuelve una pregunta que confunde nuestra intimidad: ¿de quién son las palabras que decimos, escuchamos, leemos, escribimos; de quiénes las frases que enunciamos, los sentidos que otorgamos, las entonaciones que elegimos?

Y la fiebre, o la jaqueca, o la tos, que nos provoca la lectura: nadie permanece indemne en su travesía hacia el pasado, en el dar paso a una memoria que insiste en regresar aunque no la nombremos.

Cuando creíamos que el pasado era ya una pieza de museo o un archivo ocasional o más bien un accidente geográfico e histórico, leemos *Anatomía de la memoria* de Eduardo Ruiz Sosa (2014), las páginas de un regreso a la década de los ‘70 del siglo XX en México, para recordar o inventar el recuerdo de un grupo de estudiantes, *Los Enfermos*, que batallan a su modo para crear un nuevo orden nacional.

Sorprende la palabra *Anatomía* y ahora se comprende que hemos buscado en los textos anteriores un trazado posible para una *anatomía de la soledad*; anatomía o fisiología o filosofía o literatura, no lo sabemos todavía.

Los sonidos de la Anatomía remiten al sentido de un cuerpo yerto, al experimento y al descubrimiento, pero también a los primeros hindúes y a esa indagación solitaria, subterránea, de un misterio secular a la deriva entre el movimiento, la circulación, los humores, los líquidos, y los cortes incisivos a lo largo de la piel y del alma. Y surge la cuestión de si no será cierto que los lectores y los solitarios –o los solitarios lectores- sean seres enfermos, de una enfermedad tan incurable como entrañable.

Leer *Anatomía de la memoria* plantea, por fortuna, una serie de problemas: regresar a cada párrafo anterior y leer hacia atrás, como si el libro propusiera un complejo ejercicio de laberintos de la memoria, que hace imposible detener las palabras; cada una de ellas parece ser única e indivisible y estar puesta en su sitio.

Tener dificultades en la lectura, es así como debería ser: porque la escritura duele, porque la escritura no puede, y porque la lectura no sabe. ¿Doler qué, no saber qué, no poder qué?: no poder permanecer saludables ante cierto pasado ni salirse inmune de su ovillo erizado; no saber leer sin temblar porque algo, más allá y más acá de la escritura, acontece con el lector y sin él; dolor, en fin, de mirar la pared vacía y dar vueltas en la cama como si nada hubiese pasado.

Sí, la lectura es dificultad porque se trata de alteridad y no de identidad: no tiene que ver con nuestra vida particular, aunque en algo resuene a ella; las palabras no son las nuestras, y porque somos y no somos como esos seres singulares, sublevados y despiertos, que alguna vez han deseado cambiar el mundo mientras el mundo seguía su marcha indiferencia y cambiaba sin ellos.

Celebrar la dificultad de la lectura como un arma que dispara complejidades contra el falso conformismo y la mala pereza, porque así como el leer impide la rápida comprensión y la voluptuosa explicación, también nos hace recordar que la vida es difícil, que la escritura es difícil, que la memoria es difícil, que el pasado es difícil, y que los libros son difíciles, pues: “*En los libros está todo lo que no hemos vivido (...) y todo lo que vivimos en secreto, todo lo que mentimos, todo lo que en silencio se llora sin que nadie nos vea, todo lo que pensamos y guardamos bajo llave, todo, pues, lo que no dejamos que los demás vean*” (Ruiz Sosa, 2014, p. 73).

Los Enfermos – los de México, pero también los de tantos otros sitios-, esos enfermos de dudosa lucidez y certera ilusión, intentaron torcer el rumbo de la ausencia del espíritu o de la burla del poder, mezclando días y noches de poemas, amores furtivos, robos a bancos, la aridez de las correrías con rumbo incierto, pero con la ilusión de sostener otra alegoría de lo humano más allá de los objetos, la propiedad privada y el descaso público.

¿Qué hace que giremos el rostro hacia atrás en una época que nos tuerce el cuerpo hacia adelante, confundiendo el éxito con la muerte, la sobrevida con la vida y la rápida comunicación con el río de conversación que anhelamos? ¿Qué, sino el querer ser guardianes de una enfermedad desbordante y sin remedio, a sabiendas del destino implacable de una muerte omnipresente?

Sentimos, entonces, una extraña conmoción: la historia que aquí se cuenta no es una torpe secuencia de enigmas de la memoria y de soluciones del recuerdo, sino el derrotero de miles de almas; como si lo que estuviera en juego sea nada más y nada menos que la

posibilidad de hacer memoria para tener presente, y como si el presente fuera el único tiempo verdadero para creer, pensar, percibir, escribir y, si fuera el caso, hacer revoluciones.

Entre los recuerdos de un testimonio plural –siempre cubiertos de polvo, siempre sepias- y el presente que nos fuerza al reencuentro, hay un desierto de potencias por descubrir: los sueños despedazados, una violencia que nunca es telón de fondo, las palabras como torrentes que dan cauce a los sentidos, las rémoras con las que pensamos el sentido o el sinsentido de una época sin desperdicio, y el paisaje desértico en movimiento de esa muerte abrupta o detenida que es la vida.

Leer *Anatomía de la memoria* es sentir una cercanía ardiente con los Enfermos, con el recuerdo y con la lectura, porque: “*El libro –escribe Ruiz Sosa- es la ortopedia de la memoria (...) sin libro no hay memoria, sin memoria no hay presente. O la periferia, porque el libro siempre está en torno de la memoria, en sus lindes: nunca podrá ser el libro la memoria misma. Siempre hay trampas en la escritura*” (ibídem, p. 135).

Somos Enfermos. Enfermos de entonces y, quizá, de otra manera, con otro cuerpo y otras gramáticas, también de estos tiempos. Como ellos quisiéramos reescribir la patria de lo humano, sus gestos, sus misterios, sus soledades, sus multitudes; asumir la enfermedad de cada uno y cada una, creer que hay más sitio en los libros que en la falsa noción de patria. Y como ellos, también, de algún modo, hemos muerto o nos han desaparecido, aunque continuamos Enfermos.

Pero no es justo que una desaparición sea recordada solo en una fecha, ahogada en un símbolo, en un pañuelo negro. La memoria es incolora porque siempre habrá que inventarse el recuerdo en el presente; su ambigüedad consiste en que está llena de detalles nulos y es necesario escribir y reescribirla cada día. Un recuerdo amarrado a su pasado es una nostalgia vacía, una soledad impura.

Anatomía de la memoria nos hace ver, de nuevo, los rostros de los muertos o de los desaparecidos o de los aún vivos y de los todavía Enfermos bajo una atmósfera hipnótica, dura, insistente. Y, sobre todo, nos hace sentir esa profunda aversión a la normalidad que todo Enfermo voluntario desprecia, de acuerdo con una indiferencia recíproca.

Por la normalidad encogemos los hombros y vemos cómo los frutos caen al suelo; por la normalidad asistimos al ultraje de la infancia y a los golpes del destino; por la normalidad asentimos que las batallas están caducas y que fuimos derrotados por la arrogancia y el consumo; en fin, por la normalidad hemos dejado de estar Enfermos.

Y es una lástima.

Este mundo está lleno de falsos profetas y de burdas mercancías. En vez de la flecha venenosa que apunta hacia adelante, hacia el impúdico progreso, quisiéramos que el tiempo se curve hacia el pasado y se sienta malherido, frágil, casi sin sople de vida.

En el nombre de quienes se sienten moribundos y aún respiran, en nombre de lo poco o mucho pero digno que puede nacer de la memoria y la escritura: por nosotros mismos, por un *nosotros* que habrá que pronunciar con muchísimo amor y, también, con muchísimo cuidado.

La imposible reconciliación

Nosotros: esa palabra pronunciada, no sin altanería, para apartar y señalar a los demás que allí no caben.

Duele la suposición de que un cuerpo pudiese ser abandonado o apartado o removido de su espacio por causa de un equívoco absurdo de la mirada; y habría que escuchar las historias de hombres y mujeres y niños y niñas cuya vida hubo de ser interrumpida por la torpeza infinita del recelo ignorante de otros ojos que pretendían ser astutos y estar a salvo. ¿A salvo de qué?

Sin embargo, no se trata de la historia de los desaparejos famosos, de la vida entendida como la superación de una dificultad abismal, de la proeza por vencer con enjundia todo límite, incluso más allá de las fuerzas de este mundo.

La belleza desapareja habita en todos los cuerpos, sin privilegios. Es la belleza de este mundo, una excepción sin excepciones, historias comunes donde lo que ofende es, en verdad, el privilegio de lo normal, la extrañeza impúdica y el aparente heroísmo, la sensación de que nadie los dejaría nunca en paz, la incógnita irresoluble por vacía: ¿es posible una existencia sordo-ciega; es posible vivir entre lobos y apartado de los hombres; es posible pasarse 18 años dentro de un pozo en cautiverio; es posible andar en cuatro patas, sin lenguaje; es posible la joroba y las matemáticas; es posible la sordera y la música; la sordera y la pintura; es posible la filosofía, la poesía y la demencia; es posible la escritura y el no-ver; es posible la escultura y la anomalía de las manos; es acaso posible la existencia de otras vidas, de otros cuerpos, de otras soledades?

No por casualidad Mary Shelley repite con tanta insistencia la palabra *soledad* en su *Frankenstein, el moderno Prometeo* (2006). Y no por acaso cuando Georg Lichtenberg atravesaba los metros que separaban su casa de la Universidad de Gotinga, sentía sobre sus espaldas la mirada sucia, impiadosa, de los habitantes de Ober-Ramstadt y apuraba el paso, un paso corto, diminuto, hasta sentirse a salvo en sus aulas de física y matemáticas, entre sus estudiantes, que le admiraban incondicionalmente.

En no más de trescientos metros a través de un poblado lleno de supersticiones, palacios de cristales rotos y el deambular de las ratas, Lichtenberg recorría sin deseirlo la esfera completa de la mirada humana: la burla, el desprecio, el empequeñecimiento, la sorna, la humillación y la admiración, la pleitesía, la honra, la ingratitud.

Era objeto de comentarios jocosos entre los vecinos debido a su apariencia particular, y padecía el tormento de ser mal mirado, de ser mirado borrosamente, por ojos que por mal ver, eran ojos asesinos: “*Allí donde el ojo ve borrosamente, ya hay una especie de muerte*” (Lichtenberg, 1989, p. 89), escribió en uno de sus tantos cuadernos.

¿Cuál era su *pecado fisonómico*? El de ser un hombre bajo, sin llegar al enanismo, debido a una rara enfermedad durante su infancia que atrofió su desarrollo e hizo que su cuerpo quedara reducido a un metro y medio de altura, dejando como secuela una joroba

prominente atrás de sí, como una sombra persecutoria, una alteridad indiscreta, que siempre acechaba por encima de los hombros.

Lichtenberg era, al mismo tiempo, de forma indisoluble, un hombre enfermo, un brillante matemático y físico, y un escritor deslumbrante. Todo en él podría reducirse a lo mínimo y sustancial: las fórmulas acotadas, sintéticas, de la ciencia, su cuerpo abigarrado y estrecho, y sus aforismos, esa escritura reducida y decisiva como un látigo, como un relámpago.

Pero la metáfora de lo pequeño resulta tan obvia como indignante. Tampoco habrá de cometerse el equívoco de la *grandeza*, esa imagen igualmente torpe del gran hombre aprisionado en un cuerpo pequeño, su enorme sapiencia dentro de un envase reducido, su inmensa escritura de manos pequeñas: “*Habría que decir ‘soy esto’ –escribió-. No se dice ‘la redondez está en la esfera’. Es la similitud lo que nos seduce*” (ibídem, p. 121)

En su rostro, de frente alta, nariz en punta y labios apretados, la expresión satisfecha de una soledad voluntariamente elegida, el punto de la esfera donde reside la patria de los gestos, la patria humana. Porque no es el tamaño de un hombre el que explica su vida, ni es la joroba lo que la justifica, sino ese rostro que guarda en su semblante todas las consecuencias de la existencia: sus enfermedades, su amor por la filosofía y los números, su escritura breve e intensa: “*Un rostro no se deja analizar en un instante: necesita una consecuencia*” (ibídem, p. 137).

Pero nunca parece ser suficiente el ensañamiento con los débiles, la acusación falaz y sin testigos: arrojados desde los montes, desheredados, desarropados, abandonados a su propia suerte y muerte, condenados al ostracismo de las horas que nunca pasan, prohibidos de libre albedrío, jamás absueltos de sospecha o intriga, desterrados de sí, angelizados y demonizados. Nunca es demasiada la sospecha, la injuria, la tontería que impide ver lo humano más allá de un espejo liso, sin marcas, sin dobleces.

El cuerpo se ha vuelto un torpe dibujo de líneas magras y rectas, un diseño sin arrugas, ni manchas, donde no caben los bostezos, los quejidos, el desdén, o el desaliento.

Solo la inteligencia artera, agravante y déspota goza de buena reputación. La falta de inteligencia -de esa inteligencia altanera y vacua- es percibida como la incapacidad absoluta para ser, estar, existir, la carencia de la presencia, turbia incontinencia de animalidad.

A la aflicción generalizada se les añade a los débiles otra desdicha aún mayor: no se les permite escoger su propia nostalgia, su melancolía, su propia soledad.

De vida errada y encerrada, se les aprisiona con un halo de naderías: nada para pensar, nada para procrear, para mentir, para soñar, para guarecerse de la lluvia, para entender la vida y la muerte, para escuchar.

Los débiles son la torpe metáfora de un mundo acotado, absurdamente pulcro, cuya única virtud parece ser la prisa: prisa para llegar al sitio donde nada ocurre, prisa para volar entre nubes de publicidades, prisa para amar lo insustancial y, allí, abandonarse.

Los débiles encarnan las grietas por donde se derraman la soberbia y la jactancia, y la ignorancia es de tal magnitud que de verdad creemos verlos en una oscura existencia; y la torpeza es de tal barbarie que confiamos en nuestra limpia presencia. «*Ya no se nombra de este modo a esas personas*», se dirá. Y el lenguaje, exhausto, responde que es exactamente

así como se los siente, percibe y piensa. Aún en aquellas historias donde la cuestión es otra, la culpa recaerá, siempre, sobre los débiles.

Fragilidad, alteridad, literatura

La culpa, sí, de la fragilidad, es siempre aquella de los seres frágiles.

Por ejemplo, en aquella novela de Philip Roth que transcurre en el verano de 1944, en la ciudad americana de Newark, cuando una espantosa epidemia de poliomielitis va dejando su funesta huella entre niños y jóvenes.

Lo que parece ser una enfermedad lejana y ajena, comienza a sentirse próxima y propia. Nadie, ni siquiera los afamados médicos saben de dónde viene o cómo se esparce: ¿será la comida, los escupitajos de los italianos, la inmundicia de los basurales, el ardor inclemente del verano? ¿Vendrá de la ciudad más cercana, o serán los judíos, o estará en medio del sudor de los juegos en los patios de las escuelas?

Némesis –escrita en 2010–, es una novela de lenguaje seco y abatido, cuyo protagonista es un maestro obligado a deambular entre las despedidas a los alumnos muertos, la compasión infinita hacia sus padres, el cuidado de aquellos que aún no enfermaron y la necesidad de sostener con su palabra ese tenue equilibrio entre las sospechas generalizadas, la culpabilización a granel, y el derroche del egoísmo.

Durante ese verano asfixiante y sepulcral se tuerce el rumbo de la pregunta que todos allí pronuncian sin tregua. Ya no se trata de: ¿qué causa la polio?, sino más bien: ¿cómo es que se propaga?

En el pueblo vive Horace, un retrasado mental que suele vagar sin sentido por las calles y que, en ocasiones, pasa por la escuela a ver a los niños jugar, sin otra intención que la de quedarse quieto en un canto y, de ser posible, estrecharles las manos. En apariencia Horace no comprende nada: no comprende qué es el mediodía, qué es el calor, qué la sombra, qué la enfermedad.

Todo el mundo allí está extenuado e histérico, agotado y en tensa vigilia por la fiereza de la calamidad. El encierro se hace cada día más agobiante y sólo algunos, los más pequeños, salen a las calles para asistir a la colonia de verano. Todos están a flor de piel y con la sospecha en la punta de la lengua, como si se tratara de un arma de fuego dispuesta al gatillo en el centro de la palabra.

En poco tiempo la pregunta vuelve a mutar. Ya no se trata de saber ni qué causa la polio, ni cómo se propaga, sino quién tiene la culpa de la epidemia.

¿Cómo no acusar, entonces, a Horace, alguien que no conoce el sentido de las palabras, que expone su cuerpo sin conciencia al calor demencial del mediodía y que ni siquiera tiene los instintos de un perro? ¿Qué réprobo mejor que un débil para atribuirle la culpa de haber transmitido la polio por el pueblo? ¿Quién sino Horace, incapaz de defensa, incapaz de lenguaje, incapaz de todo, puede ser el más perfecto de los culpables?

Es Horace quien propaga la epidemia, dice un joven. Y está convencido de ello: su debilidad y su suciedad son, a su entender, características comunes presentes en los débiles;

es el débil quien va de aquí para allá estrechando las manos de la gente y dispersando los gérmenes por todas partes. El maestro intenta desestimar esa acusación y convencer al joven de que nadie sabe cómo se propaga la poliomielitis. Pero las cartas están echadas: nadie logrará quitar las sombras que se yerguen sobre Horace, nadie quiere pensar mejor o de otro modo, todos desean que haya un culpable, todos buscan en el indefenso la razón del mal.

Éste es el culpable: el que no sabe, el que no se da cuenta, el que es inconsciente de esos actos que provocan más y más tragedia, el sucio, el retrasado, el imbécil, el incapaz. Y cuando la sospecha recae sobre el frágil, la culpa es aún más perfecta, más incontestable, más rotunda aún.

Una culpa anudada a un lenguaje falaz –acusador, instigador, nervioso, deshonesto– que nadie contestará y que, enseguida, se propagará junto a la epidemia de polio. Y más allá todavía. Más lejos. Durante más tiempo. Sin cura. Sin remedio.

Entonces, vuelve a nosotros, como una serpiente enroscada aquella última imagen de esos cinco prisioneros de Auschwitz, en un blanco y negro terroríficos, con unos atuendos harapientos que desbordan sus cuerpos extenuados, casi exánimes.

Podría tratarse de cinco personas cualesquiera, pero no lo son. Hay instantes de la vida humana, de la historia de la vida humana, en que ninguno, nadie, merece ser cualquiera. Esas cinco personas, cinco prisioneros con alguna discapacidad, que están con el cuerpo inclinado hacia la última fragilidad, desvencijados como trastos viejos, aturdidos por las medicinas y los experimentos, que ven y no ven la cámara disparadora de imágenes.

La soledad como una cámara de gas.

Con sus pijamas rayadas, mezcla de campo de concentración y de hospicio, toman una pose desconcertante, inquieta, desesperada, apoyándose unos en otros, como si ya nadie pudiese sostenerse en pie por sí mismo y dependiesen de un único y último apoyo, de un sostén de jirones y fragmentos rotos.

Sus rostros están casi fuera del cuerpo, desorbitados, desencajados, y sus ojos parecen descompuestos de tanto padecer.

La soledad como sucio experimento.

¿Por cuáles sucios laboratorios habrán pasado? ¿Qué nombres tenían, de dónde eran, qué vida llevaban hasta el momento en que les fue tomada esta imagen? ¿De qué se les acusaba? ¿Y cuánto tiempo, cuántos segundos faltarán para que sean asesinados, enterrados, agolpados sobre otros deshechos?

Sabemos que antes de los campos de concentración miles de cuerpos defectuosos fueron asesinados sin contemplación al interior de la soledad atroz de los asilos. Hacia el año 1945, 750 mil individuos con algún defecto, visible o invisible, ostensible o austero, en los pies o en el rostro, en los ojos o en los oídos, fueron eliminados por el régimen nazi.

La soledad que no deja en paz. La soledad como indefensión.

Y es que nunca se los ha dejado en paz, y habrá que sublevarse contra aquellos que esgrimen la sencilla e imbécil razón según la cual hay quienes están vivos pero no deberían haber nacido nunca, y hay quienes han nacido pero deberían estar muertos.

¿Qué viene después de la aniquilación, qué hay después de identificar un cierto tipo de cuerpos que enseguida, más tarde o más temprano, serán condenados a distintas muertes –la muerte común, la muerte del experimento, la muerte del exterminio, la muerte de la disgregación, la muerte del exilio, la muerte de su soledad-? ¿Cómo sería posible plantearse siquiera una conversación cuando la soledad, así, es como un disparo en la nuca?

Referencias

- AGAMBEN, Giorgio. **Che cos'è il contemporaneo?** Bologna: Editore Nottetempo, 2008.
- COETZEE, John Maxwell. **Vida y época de Michael K.** Barcelona: Literatura Mondadori, 2006.
- GONZÁLEZ, Ángel. **Palabra sobre palabra.** Barcelona: Seix Barral, 2005.
- LACOUÉ-LABARTHE, Philippe. **La poesía como experiencia.** Madrid: Arena Libros, 2006.
- LICHTENBERG, Georg. **Aforismos.** México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- NANCY, Jean-Luc. **58 indicios sobre el cuerpo.** Buenos Aires: Ediciones La Cebra, 2007.
- NIETZSCHE, Friedrich. **Humano, demasiado humano.** Madrid: Akal, 1996.
- ROTH, Philip. **Némesis.** Barcelona: Literatura Mondadori, 2011.
- RUIZ SOSA, Eduardo. **Anatomía de la memoria.** Barcelona: Editorial Candaya, 2014.
- SHELLEY, Mary. **Frankenstein o el moderno Prometeo.** Barcelona: Mondadori, 2006.
- UNAMUNO, Miguel de. **Del sentimiento trágico de la vida.** Barcelona: Orbis, 1984.

Correspondência

Carlos Skliar: Professor e Pesquisador da FLACSO, Argentina.

E-mail: skliar@flacso.org.ar

Texto publicado em *Currículo sem Fronteiras* com autorização do autor.
